

LOS HEROES DEL DESIERTO



LOS HEROES DEL DESIERTO

La lucha en el norte de Africa

POR

HANNS GERT, BARON DE ESEBECK

DEL PARTE OFICIAL DEL CUARTEL GENERAL
DEL FUHRER CORRESPONDIENTE AL 21 DE ENERO DE 1942:

El Führer y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas cursó el 20 de enero de 1942 el siguiente telegrama al general de fuerzas motorizadas, Rommel, jefe del Cuerpo Expedicionario de Africa, en ocasión de distinguirle con las Ramas de Roble con Espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro:

Gracias a su relevante intervención, ha acertado Vd. a frustrar nuevamente, en cooperación con nuestro aliado, las intenciones anglo-americanas, obteniendo una victoria defensiva contra adversarios numéricamente muy superiores. Reconociendo agradecido este su triunfo y lo heroico de la lucha de las tropas alemanas e italianas, sometidas a su mando, concedo a Vd., como a sexto oficial del ejército alemán, las Ramas de Roble con Espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

ADOLF HITLER.

DEL PARTE OFICIAL DEL CUARTEL GENERAL
DEL FUHRER CORRESPONDIENTE AL 30 DE ENERO DE 1942:

En recompensa a sus relevantes méritos, el Führer ha promovido a la categoría de capitán general al general de fuerzas motorizadas Rommel, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario de Africa.



INTRODUCCION

El presente relato describe episodios muy movidos y emocionantes de la guerra en el norte de Africa.

Conocido es que las fuerzas armadas de Alemania e Italia están haciendo frente a un adversario numéricamente muy superior, en los territorios comprendidos entre el Cairo y Trípoli. A pesar de ello, las alternativas se siguen unas a otras, sin que esa superioridad lograra inclinar definitivamente la balanza de la victoria a su favor. En una guerra en el desierto no constituye factor decisivo la ganancia o pérdida de tal o cual parte de un determinado sector. Ningún verdadero estratega se atreverá a juzgar los resultados de esta contienda exclusivamente por el hecho de que en el curso de los acontecimientos, tan lleno de alternativas, la plaza de Sollum o el Puerto de Halfaya los ocupen las fuerzas del Eje o las del Imperio Británico.

La ofensiva con que los ingleses pretendían establecer un frente contra Europa, desde el Cairo hasta el Atlántico, ha resultado un formidable fracaso. Al empezar, a mediados de noviembre de 1941, la ofensiva de la Gran Bretaña, declaró la prensa británica que los ingleses celebrarían en Trípoli sus Pascuas de

Navidad. Pero lo único que logró su gigantesca superioridad numérica al par que el intensísimo empuje de esas fuerzas, fué hacer retroceder a las fuerzas del Eje. Con todo, también aquí se opuso, hasta los límites de lo posible, una resistencia tan heroica que la misma Radio de Londres hubo de manifestar en su emisión del 18 de enero de 1942: «Los alemanes hechos prisioneros en Halfaya estaban tan extenuados que no podían ya recorrer siquiera una distancia de dos millas. La guarnición de Halfaya se vió expuesta al fuego de artillería más intenso que se ha registrado hasta ahora en la campaña de Africa. Uno de los factores decisivos de la rendición fué el haber sido interceptado el aprovisionamiento de agua.» Los objetivos concebidos y públicamente anunciados de la ofensiva no fueron alcanzados en modo alguno. Lo que se había propuesto en noviembre la Gran Bretaña, no se consiguió ni con mucho. La cabeza de puente del Eje en el norte de Africa, continúa intacta, sosteniendo en un todo su trascendencia dentro del orden estratégico mundial. Las páginas siguientes contienen reportajes en torno a los estrategas que supieron hacer frente tan eficazmente a un adversario numéricamente varias veces superior. De todos modos, no será en el Norte de Africa, donde habrá de decidirse en definitiva

el resultado de esta guerra, cuyos tentáculos envuelven ya el mundo entero. La Tierra, política y militarmente considerada, ha llegado a ser hoy un solo campo dinámico coherente. No hay más que un solo y único escenario de la guerra mundial con sus variados sectores. Las luchas en el norte de Africa, en el Atlántico y en el Pacífico, han de considerarse como una sola y única gran batalla. Según lo confesó el propio Churchill, la concentración de una superioridad numérica británica en los territorios norte-africanos, no resultó posible sino mediante la retirada de tropas, barcos y aviones de otros sectores británicos de vital importancia en el Pacífico, destinándolos al norte de Africa. El alcance que tiene para el Imperio Británico esta concentración de sus fuerzas armadas en la región del Mediterráneo y su alejamiento del Pacífico, lo han demostrado con una sorprendente frecuencia los acontecimientos más recientes y los soberbios resultados estratégicos del Japón. El Pacto Militar de Berlín que se concertó en enero de 1942, entre Alemania, Italia y el Japón, hará que este hecho produzca efectos todavía más positivos.

Juzgados desde el punto de vista de la política mundial, los portentosos resultados de los soldados del Eje en el norte de

Africa obedecen al hecho de haber sabido detener el arranque de la ofensiva británica, frustrando su proyectada realización. En su audacia y habilidad para vencer las mayores dificultades, revelóse un heroísmo de pura ley, dando a conocer al mundo, por lo tenaz de su resistencia de qué fuste están tallados todos ellos. Reiterada y decisivamente frustraron los planes y esperanzas británicas en el norte de Africa, coadyuvando con su tesón a preparar el terreno de la derrota definitiva del Imperio Británico. Delenda Britannia est!

Se puede ir al Africa por dos itinerarios distintos. En la Guía de Viajeros que el sargento Barlesius recibió ayer, por correo militar, de Doña Hildegard, está consignado detalladamente uno de los dos: unas 30 páginas de prosa menuda nos enteran del procedimiento ordinario: permiso de entrada, concesión de divisas, autorización de estancia, pasaje, dirección del hotel y las mil advertencias que conviene tener presente: puntos de excursión, cicerones, propinas, cuidado con los mendigos, medidas previsoras contra el tracoma, centro de información Cook etc., etc. Sigue luego un breve vocabulario con términos por el estilo: «biddi akul», quiero comer. «Ed-duchul mamnu»: entrada prohibida.

¡Que diantre! ¡Si el segundo itinerario es mejor que todo esto! Barlesius se quita las gafas que defienden del polvillo y pestañeando sin cesar contempla las densas y rojizas nubes de polvo que ocultan el sol, camino ya de su ocaso; luego empieza a silbar una marcha militar. «Toda esa monserga de formalidades a nosotros no nos hace ninguna falta!»

El paraje donde está, no ofrece aspecto alguno digno de mención. Una desolada estepa sin confines visibles. Es un semi-desierto que por toda vegetación sólo muestra unos abrojos escasos y resecos, como en todas partes de la zona costera de la Marmarica. En la frontera el Egipto empieza luego el verdadero desierto. Al mediodía, cuando el viento del Sur empieza a soplar, se levantan densos torbellinos de polvo. No hay nada, absolutamente nada, que pudiera amenizar en lo más mínimo ese dilatado erial.

En este momento, tres coches blindados de exploración pasan por el cerco alambrado. Éste está roto en muchos sitios y parece todo menos una barrera. La guerra lo ha destrozado y el viento ha ido amontonando a su alrededor trozos de papel y otros desechos, adornándola de una manera estrafalaria. La arena que llega hasta la rodilla, es arrastrada sin tregua ni descanso por el viento, para quedar luego nuevamente amontonada. El viento sopla y brama día tras día sobre aquel inmenso mar de arena.

El sargento Barlesius contempla a la indecisa luz del crepúsculo los coches blindados de exploración a cuya dotación le toca relevar. Parecen monstruos negros y extraños. En el mapa está marcada su posición. Las dotaciones de los coches se atienen estrictamente, para su orientación a las indicaciones de su brújula. Constituye ésta el único medio para comunicar con los puestos de vigilancia en contacto con el enemigo. Este cometido de los exploradores es sumamente aburrido. Durante el día vigilan, siempre que se lo permita de algún modo el vaho caliginoso y trémulo del aire cargado de un polvillo impalpable, y durante la noche no les queda otro recurso que fiarse de la fina percepción de su oído. Si el viento sopla en dirección favorable, todos los ruidos y sonidos son propagados con una precisión insuperable. Entonces se perciben los roncoss aullidos del chacal y del zorro del desierto. A veces rechinan en la lejanía las cadenas de un tanque inglés; otra veces desgarras el silencio nocturno el estridente graznido de un ave de rapiña.

Las noches proporcionan un fresco agradablemente reparador. Durante el día el sol abrasa despiadadamente cuanto alienta en el desierto: a hombres y material. Las planchas de hierro de los coches abrasan y el que no anda precavido tiene que presentar su mano quemada, al día siguiente, al médico del hospital. Se necesita alguna práctica para encaramarse al coche sin tocar las piezas de hierro ni rozarlas con las piernas desnudas. Por la mañana, los soldados extienden desde el coche una lona, sujetándola en la tierra por dos estacas, para de esta manera proporcionarse algo de sombra. Las moscas son una verdadera plaga. Por donde sea que se explaye la vista, no se ve nada más que arena y pedregales. Y no obstante, las moscas viven y se propagan en el desierto, juntándose en grandes enjambres y aun formando legión. Son pesadas, pegadizas e importunas a más no poder, empezando por formar cortejo de los coches, aunque éstos avancen en plena marcha. A la primera parada nos acosan ya grandes masas de ellas, como atraídas por algún cebo misterioso. Los soldados se ponen inmediatamente mosquiteros en la cabeza para proteger ojos,



Los tanques alemanes han demostrado a cada paso su superioridad sobre los ingleses. Los tanques de construcción americana resultaron también para nuestros enemigos un verdadero desengaño.

boca y nariz. Pero todo es inútil, porque entonces se arrojan sobre las rebanadas de pan de los soldados o se posan sobre las fundas húmedas de las cantimploras y zumban furiosamente en torno a toda lata abierta de conservas. No hay manera de librarse de ellas. En cierta ocasión, Barlesius llenó una lata con excremento de camello, arrojando bencina sobre ella y luego agua sobre la llama viva: un humo denso y mordaz se extendió por aquel sitio de descanso. Las moscas huyeron a la desbandada, pero a la media hora ya estaban otra vez allí. Hay sólo un medio eficaz para ahuyentarlas radicalmente, que la misma naturaleza nos brinda: la tempestad de arena. En bastantes días sucede que a eso del mediodía el viento cambia de dirección. De repente sopla con un empuje inesperado desde el interior del desierto. «Está gibliendo» dicen entonces los soldados. En tales días aparece el sol como nublado por una ligera capa de neblina. La luz del día es entonces mortecina, y el instinto nos dice que se avecina la hora crítica. El viento sopla entonces repentinamente de una dirección opuesta a la de antes y se ve avanzar sobre el desierto un denso y opaco vaho caliginoso, semejante a un muro que extiende un velo sobre cielo y tierra. Nos apresuramos a proteger cuello, boca y oídos con un pañuelo de seda y nos ponemos los lentes para aislar la vista completamente. El calor es asfixiante y no obstante, hay que abrigarse, ya que de lo contrario, el polvo imperceptible penetraría por todos los poros en los ojos, nariz, boca y oídos.

Montando la guardia en el frente del desierto

Realmente, no son de envidiar los destacamentos de guardia permanente. En un punto del la hoja cartográfica hay registrado un nombre, impreso en un cuadro blanco. En este punto hay un «bir», o sea, una cisterna seca, cavada en la roca viva, de tiempos remotísimos. O bien, algunos montones de piedra dan testimonio de una vida pretérita que se ha extinguido ya, quién sabe cuando. En derredor se dilata el desierto sin confines; nada se mueve en lo que abarca la vista. Las hondonadas y

valles angostos que con cierta frecuencia interrumpen inesperadamente la dilatada llanura, son invisibles a la luz del sol.

De madrugada y al declinar el día, cuando la atmósfera se vuelve diáfana, los coches exploradores avanzan un par de kilómetros. Cautelosamente recorren el desierto y ocurre, alguna que otra vez, que topan con tanques de los «tommys». Mútua-mente se examinan ambos a través de los prismáticos. Luego se cruza algún saludo «contundente y resonante», que no tiene nada de afectuoso, después de lo cual reculan y regresan a su punto de estacionamiento. Ciertamente, se trata aquí de un cometido de importancia innegable, pero hay que reconocer que es aburrido hasta más no poder.

Barlesius se dirige a los tres coches blindados de exploración para relevar a sus dotaciones. Se cambian los saludos reglamentarios.

«Siempre lo mismo. Nada de nuevo. Esta mañana, dice el cabo, se han acercado tres tanques ingleses a unos dos kilómetros de distancia, pero luego han vuelto a retirarse.»

«¿Hay caras nuevas?»

«Nuestros antiguos conocidos de la cota 193. ¿Cómo estamos de correo?»

A una señal de Barlesius se saca un paquete. ¡Correspondencia! He aquí la palabra que interesa más que nada en estos andurriales de Africa.

En estos eriales, durante tres días muy cerca del enemigo en misión permanente de exploración, hay que armarse de paciencia. Pasado el primer día, hay soldados que ya se figuran que no han recibido correo desde hace semanas. Así es que siempre tienen a flor de labio la misma pregunta que dirigen a sus camaradas de relevo: «¿Hay carta?»

«Schröder, dos paquetitos para Vd.» ¡Siempre ese Schröder! Todos se han reunido alrededor de Barlesius, contemplando el paquete de cartas y periódicos; cada cual recoge lo suyo cuidadosamente para encaminarse acto seguido, a paso tendido y apresuradamente a su respectivo coche. Antes de ponerse éste en marcha, cada cual se entera rápidamente del contenido de sus cartas. Ya en ruta, Schröder empieza a charlar, contando



cosas de su pueblo, del gran estanque en que los patos graznan y del heno oloroso que los del pueblo ya han vuelto por segunda vez.

«La comunicación está establecida con el destacamento», transmite el radiotelegrafista.

«Bien. Indíqueles la hora exacta. Los demás están a punto de partir.»

Wilde ocupa hoy la cota 204. Peglow está en Sidi Omar, aunque esta plaza la llaman aquí Sidi Suleiman. ¡El diablo sabrá, como este viejo montón de piedras ha llegado a hacerse con nombre tan aparatoso! Barlesius no puede por menos de recordar, cómo al ir por vez primera en búsqueda de la cota 204 no consiguió nunca dar con ella por la sencilla razón de que esa altura no era en modo alguno reconocible como tal, y tan solo después de haberla alcanzado, se podía comprobar, como efectivamente desde allí la mirada se explayaba a gran distancia país adentro. ¡Siempre y cuando el sol no embelleciera aspecto de ese erial miserable!

¿Dónde estará ahora el amigo Tscherwonka? Mañana por la mañana ha de rodear el ala izquierda de las avanzadas enemigas, con seguridad para ir husmeando a espaldas del enemigo. A eso del mediodía habrá de estar de regreso. Charlarán un poco y luego beberán un café moka.

«Café, mi sargento.»

«¡Gracias!»

Moka no es, precisamente, ¡canario! Pero al menos refresca la garganta y proporciona bienestar.

El paisaje vuelve a recobrar por unos momentos resplandores de luz argentina, al hundirse el sol en su ocaso. Casi sin crepúsculo, se nos echa la noche encima. El cielo parece estar cubierto de negros nubarrones. En mi tierra, piensa Barlesius para sus adentros, esta noche estallaría una tempestad. Aquí, donde el sol abrasa desde un cielo eternamente azul, no hay tales fluctuaciones, ni lluvias ni tempestades. A veces, el sargento nota como los dedos se le crisan. Quisiera pegar un tiro a ese aburrido y sempiterno azul.

A la izquierda: Esta cueva brinda protección bienhechora contra los rayos abrasadores del sol africano.

La dotación de los coches exploradores está sentada formando corro y comiendo su ración de carne en conserva, rancho que que nunca olvida un soldado que haya combatido en Africa. Luego se toma un trago de café frío de la cantimplora. Es éste un brebaje reconfortante, después de un largo recorrido, en cuyo curso ha tenido que tragarse bastante polvo. Antes de acostarse, charlan todavía un rato. La noche se presenta cálida. No hace falta más que una sola mantayla lona de la tienda para preservarse del rocío matutino.

Barlesius fuma todavía un cigarrillo. Su rostro, joven y enérgico, contempla el firmamento con sus titilantes estrellas. Piensa en lo que suele pensar todo soldado joven bajo el cielo africano: ¿Qué pasará ahora en mi casa? ¿qué hará mi mujer? ¿estará acostada al niño en su camita blanca, apretando sus puñitos?

En la lejanía retumban los motores ...

A la una de la madrugada alguien sacude al sargento que está durmiendo. Es Schneider quien le despierta.

«Algo ocurre, mi sargento. Se oyen continuamente ruidos de motor.»

Barlesius se despierta al instante. También en los demás coches se nota movimiento. Las siluetas de los soldados se mueven en la penumbra. Todos afinan el oído.

¡Ahí lo tenemos! Se oye distintamente el trepidar de motores en la lejanía, parecido al zumbido de abejorros.

«Muy distante.» Barlesius se echa al suelo, aplicando el oído. No cabe ya duda alguna.

«Miguel, apréstate a la marcha! Cifra de brújula: 43.» Barlesius vuelve a subir al coche que arranca silenciosamente. «Parad al cabo de dos kilómetros. ¡Tened mucho cuidado!»

La oscuridad los engulle. Empuñando la brújula de marcha, el brigada está de pie, tratando en vano de sondear la oscuridad que le rodea. El coche se detiene. Un soldado se distancia algo del coche para comprobar la cifra de la brújula.

En este momento se oye más distintamente el ruido. Es un zumbido sordo, acompañado de agudos chirridos.

«¡Media vuelta y adelante!» Es la 1.30 de la madrugada, cuando se lanza el primer parte radiotelegráfico.

«Fuerte ruido de motor en el este y sudeste. Distancia diez kilómetros.»

A escasa distancia de Capuzzo, en un «bir», está estacionado el Estado Mayor del grupo. La caverna, de proporciones gigantescas, formada por la roca viva, en la que reina una temperatura agradable y siempre igual, ha sido habilitada como puesto de mando. En el primer recinto rocoso están instalados los ordenanzas y radiotelegrafistas. En el paso al recinto segundo duerme el comandante de grupo. Su ayundante está en este momento delante de él. La luz indecisa de una vela arroja sombras extrañas sobre las paredes grisáceas.

«Mensaje de Barlesius, mi comandante.»

Este, medio dormido, coge el papel. «¿Nada más? ¡Esperad! ¡Opino que si cualquier cosa se prepara los demás también avisarán algo!»

A las 2.15 llega un mensaje de Wilde. «De sudeste fuerte ruido de motor.»

«¡Conque, ya les tenemos!» El comandante está ya del todo despierto. «Avisad a la división. Pregunte, si más atrás ya han recibido mensajes más explícitos. Quizás Halfaya haya notificado ya algo. Entonces sabremos a qué atenernos.»

El ordenanza llena de agua el bidón de gasdina. El comandante hunde su cabeza en el agua. El jabón no hace espuma. El agua es, como siempre, salobre. Lo que se nota asimismo al tomar el té.

Son las 3, cuando Barlesius lanza otro parte. «Ruido de motores aproximándose. Probablemente tanques-oruga.»

El comandante asiente con un movimiento de cabeza. «Esto se ha hecho esperar largo tiempo. Parece que el «tommy» ha echado el ojo sobre el Puerto de Halfaya. Desquite por el 27 de Mayo. ¡Bastante tiempo lo ha pensado!»

A las 4.40 llega otro parte de Barlesius. «Tanques enemigos de Sur y Sudeste. Voy retirándome hacia el norte.»

Hace ya bastante tiempo que el frente alemán está en vela. También en el puesto de la división, el general Rommel ha saltado de su camastro de campaña, exclamando: «¡Vamos a ver!»

Demasiado se sabía que en el otro lado se tramaba algo. En medio del desierto empezó a iniciarse un día un movimiento bastante intensivo. Nuestros exploradores avisaron movimiento de columnas y concentración de carros de combate. Luego se averiguó que el inglés almacenaba municiones, carburantes y víveres. Si estaba trasladando sus provisiones y su servicio de reabastecimiento al desierto, algo se había propuesto con ello.

«¡Tanto mejor!» decía el general Rommel. «Ya les haremos un buen recibimiento.»

Hace un mes, que Sir Archibald Wavell, comandante en jefe de Inglaterra en el Mediano Este, se tiró una plancha con sus objetivos tácticos, Capuzzo y Sollum. Los alcanzó, sí, pero no habían pasado todavía 24 horas cuando se propinó a las tropas «victoriosas» una tunda ejemplar rechazándolas y arrancándoles poco después, para colmo de desgracia, el importante Puerto de Halfaya.

Los coches blindados de exploración tienen mejor puntería

Paulatinamente se ha ido haciendo claro. Sobre el desierto despunta el nuevo día. El aire es claro, casi diáfano. La observación se presenta en buenas condiciones y Barlesius divisa distintamente los monstruos grises a través de los prismáticos. Se ve que de todas partes van avanzando tanques con rumbo al noroeste y norte, dejando en pos de sí una espesa polvoreda. Estos tanques parecen ser extrañamente reducidos, pesados y de escasa movilidad. Un soldado le interrumpe.

«Mi sargento, las cadenas están blindadas.»

«Es hora de marcharse.» Barlesius levanta la mano. Los motores arrancan y los coches de exploración, rápidos y de fácil virabilidad, se ponen en marcha.

«Dirección: cota 206.»

A las 5 encuentran al destacamento de exploración de Wilde. Barlesius lanza otro parte más:

«Diez tanques enemigos a cuatro kilómetros al sur de la 206.»

Poco después los ingleses se aprestan al ataque.

¡Una situación endemoniada! Los coches de exploración alemanes no pueden hacer gran cosa. Verdad es que disponen de cureñas de cañón automotor, o sea, antitanques montados sobre tanques-oruga de caza, y algo podría emprenderse con ellos, pero no gran cosa. Porque Mark II (así llaman a los tanques ingleses) tiene un blindaje tan resistente que los proyectiles no logran perforarlo. Así es que Mark II ni siquiera se da por enterado, al rebotar los primeros proyectiles, lanzados contra su recio blindaje.

«No importa. Lo principal es entretener a esos paquidermos» Barlesius se ríe. La cosa no será, de todos modos, tan sencilla como se lo figura el «tommy».

Los tanques-caza disparan a muy corta distancia sus proyectiles contra los tanques blindados. Éstos viran sólo para disgregarse, describir una curva y atacar a los alemanes en el flanco abierto. Como una manada de fieras, ávidas de sangre, rodean los ingleses ahora a sus víctimas. La lucha dura hora y media.

Los alemanes huyen el bulto, cambian de posición, se precipitan rápidamente sobre uno de los tanques que avanza algo separado de los demás y le lanzan sus proyectiles frente por frente; luego viran en redondo para lanzarse valerosamente al encuentro de otro.

Los Mark II no tienen mala puntería, pero los cazas blindados alemanes disparan mejor. En torno a éstos silban ráfagas de proyectiles; el aire vibra bajo el efecto de los disparos. El primer Mark II queda inmóvil después de 48 impactos y su dotación lo abandona.

El segundo tanque inglés no es menos tenaz. Los proyectiles antitanques chocan contra su blindaje, pero rebotan y silbando describen una gran trayectoria.

Diríase que allí la muerte está en acecho y que su mano descarnada tantea el macizo blindaje del coloso, buscando un resquicio por donde introducirse. Por último se forma una nube

sobre el tanque. Al ser disipada por el viento, sale una densa humareda de entre las ranuras. La dotación está perdida. Observando con los prismáticos, se ve todavía como se abre el cierre de la torreta. Un hombre trata de salir pero queda colgado y, levantando los brazos como quien pide socorro, se desploma hacia adentro.

En este momento, el tercer tanque se dispone a retirarse. Una vez más sus proyectiles se abaten cual granizada sobre la cureña automotor, después de lo cual el «tommy» gira en redondo y se aleja.

Cinco tiros — cinco blancos. Otra esperanza frustrada. Sin una sola baja, los cazas blindados alemanes se retiran victoriosos del encuentro.

Barlesius no había estado inactivo durante todo este tiempo. Durante el tiroteo, continuó explorando. Lanzando un parte tras otro sobre el avance del enemigo, logró escabullirse a la vista de las fuerzas enemigas, a una distancia de solo 400 metros.

Asoman cada vez mayor número de tanques enemigos. Muchos de ellos han pasado ya adelante, bordeando extremos de la cota 206. Los cazas y motociclistas blindados alemanes que asomaron en aquellos parajes, viniendo quien sabe de donde, se han distanciado ya del enemigo, volviendo a su base.

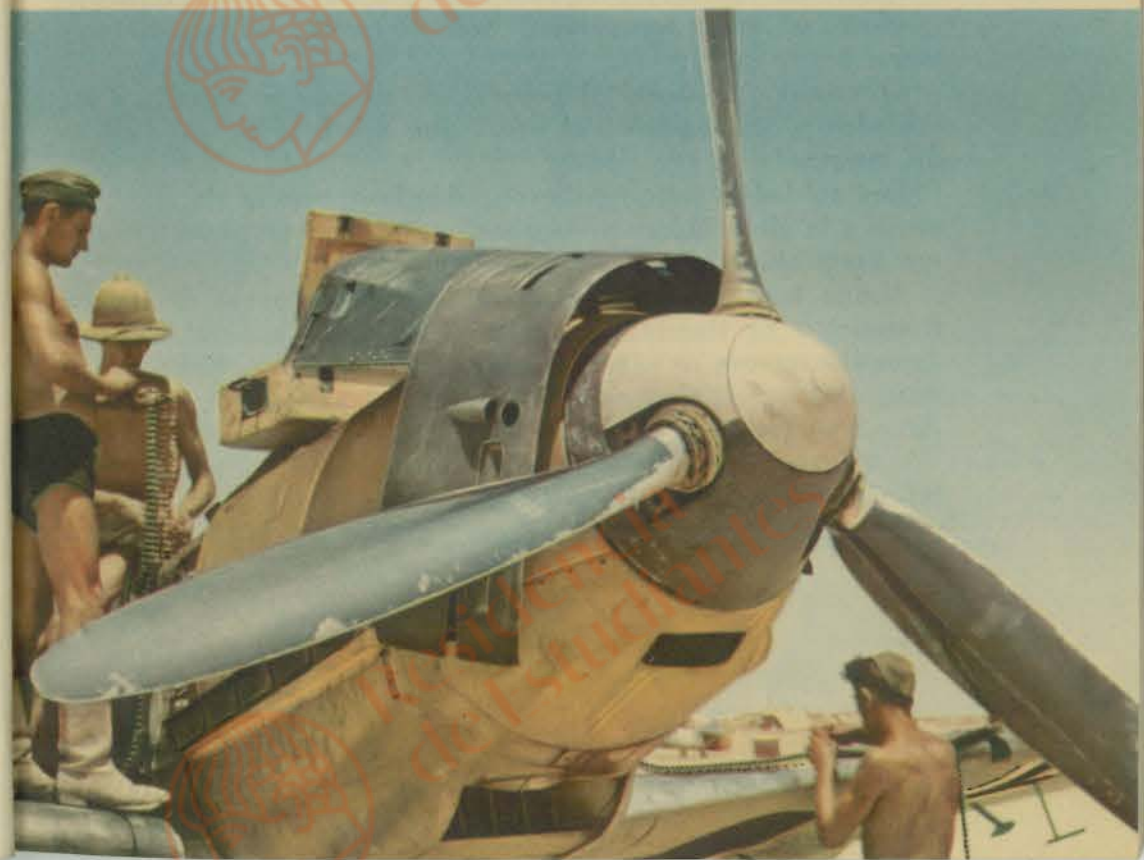
Barlesius apenas ve ya manera de regresar sano y salvo. El único recurso que queda es el de arriesgar el todo por el todo. Así es que resueltamente pasa con su coche por delante mismo de los tanques enemigos. Estos empiezan, todos a una, a disparar furiosamente contra los tres coches de exploración. Todas las furias del averno parecen haberse desatado contra ellos. No obstante, salen de aquel aquelarre indemnes, alcanzando finalmente su unidad.

El general Rommel, tal como es

El general Rommel tiene una intuición envidiable. Su fino instinto le dice siempre donde se fragua algo parece como si en el ambiente flotase un algo que le diera a entender



Avión alemán de caza, volando sobre la costa del Mediterráneo.



*El temido avión alemán «Messerschmitt»,
aprovisionando municiones.*

lo que ha de hacer. Así, pues, no es de extrañar que el general, después de haberse apoderado del Puerto de Halfaya y en previsión del futuro desquite, no se diera punto de reposo en meditar el futuro plan estratégico, levantando grandes polvaredas con su tanque-mamut al cruzar incansable el desierto en todas direcciones.

Pronto está enterada la tropa: a intervalos regulares aparece el general y al verle recorrer entonces las posiciones, reflexionando y considerándolo todo, dispensando ya un elogio, ya un reproche y dando consejos por doquiera, inspirados en las prolijas experiencias de una larga vida de soldado, no hay nadie que no quede persuadido de que todo lo que él hace tiene su buena cuenta y razón.

En esos días se palpan visiblemente los estrechos lazos existentes entre el mando y la tropa, entre el general y sus tiradores. Cada uno de esos infantes, tostados por el sol, con pantalón corto y el tronco desnudo, sabe perfectamente que el tesón de Rommel es el que les ha llevado de victoria en victoria.

Duro, exigiendo algo sobrehumano, pero ejemplo viviente para todos, he aquí lo que es Rommel.

«¿Qué tal vamos?» preguntó hace poco a un joven teniente.

«Gracias, mi general, bien. Sólo el rancho podría ser algo mejor.»

«¿Pensais», contestó el general, dirigiendo su mirada a los soldados y guiñándoles el ojo, «que mi paladar es distinto del vuestro?»

Los soldados comprendieron, dándose cuenta de que con miras a la victoria hay preocupaciones de mayor perentoriedad que los problemas gastronómicos.

A una hora muy avanzada de la noche regresó el general Rommel a su tienda, de vuelta del cuartel general italiano. Inmediatamente se entera de los últimos partes. Echa de ver enseguida que la situación no es nada halagüeña. No cabe duda de que el enemigo ataca con elementos muy superiores.

En realidad, numéricamente hemos sido en todo tiempo inferiores a aquél. Aparte de esto, las unidades aliadas acuden ya en auxilio. A estas horas, los contingentes de lucha italianos

atraviesan ya el desierto a marchas forzadas, sin preocuparse del plan, según el cual habían de empezar hoy el duro trabajo de construir carreteras. El general no puede por menos de sonreír. Ahora el «tommy» les ha relevado de tarea tan ingrata.

En torno a la tienda del general se nota un movimiento inusitado de militares que entran y salen presurosos. Las órdenes están ya dadas. Las había formulado Rommel con toda precisión y claridad.

En este momento, el general toma su café no sin cierta repugnancia. El agua salobre no es precisamente agradable al paladar y cuesta acostumbrarse a ella. El general se muestra algo displicente. Esta vez, su presencia en el puesto de mando es indispensable.

El coche-mamut no se utilizará hoy; queda oculto bajo su red de camuflaje. También el conductor del coche blindado de transporte espera en vano la orden de partir. Por vez primera, el general no puede acudir a la vanguardia, mirarlo todo, intervenir, tantear las posiciones enemigas y tomar sus decisiones sobre el terreno, rodeado de sus hombres. Con camisa y pantalón corto, el general Rommel sale de su tienda y coge el azadón. Aquí, al pie de la duna, descubrió hace unos días restos una de ánfora de arcilla. Su forma reveleba origen romano. Desde entonces cava a ratos, consiguiendo hallar diferentes objetos, platos y vasijas de forma extraña.

No estaría mal cavar media hora, piensa el general. Esto despeja la cabeza y sugiere felices ideas.

La recorrido en la arena del desierto equivale a una vuelta al mundo

No cabe duda de que en el curso de estos últimos 30 años, la ruta de Enver Bey no ha visto viajeros más impacientes que nuestras columnas que prosiguen su marcha, envueltas en los densos torbellinos de la polvareda de la pista arenosa. Todos se sienten henchidos de fe ciega en sus armas y en sus fuerzas.



Artillería en combate.

El cuerpo expedicionario alemán de Africa está resuelto a ceñir nuevos laureles de gloria a sus banderas.

Nuevamente gravita sobre el desierto el ardor vibrante del sol. A ambos lados de la columna se extienden nubarrones de un polvo espeso. Envueltos en sus capotes, los conductores están agazapados detrás del volante. Cada vez que los coches se hunden en algún profundo bache, la salpicadura rojiza de la arena choca contra las ventanillas del mismo, produciendo un chasquido.

Pero nada arredra a los soldados. ¡Hay que avanzar! Bajo la constante acción de las carros-oruga, la arena se convierte en una especie de harina impalpable. Los motociclistas asoman cual espectros en medio del polvo arremolinado. Las pesadas piezas de 15 cm arrastradas por remolcadores-oruga, chirrían y crujen. Más atrás siguen las columnas con municiones, agua y víveres, que constituyen un interminable convoy, guiado por conductores experimentados que, en gran parte, han realizado ya un recorrido equivalente a una vuelta alrededor de la tierra, o sea 40 000 km, por el desierto africano. De tal hazaña sólo puede hacerse cargo quién, sentado detrás del volante de uno de esos viejos camiones, trepidantes y tragapolvos, haya sido sacudido a más y mejor durante días enteros.

«Recuerdo que en la escuela», dice el cabo Stark, — no hace mucho tiempo, que ha salido de ella — «al marcar el termómetro los 25 grados, nos daban vacaciones de canícula.»

Su compañero de al lado masculla algo entre dientes, pensando en los 35° que registraron ayer en su tienda de campaña, considerándolos de temperatura apacible.

Con todo, no hay por qué quejarse, pues el cielo se muestra benigno con ellos desde hace algún tiempo, mandándoles un agradable airecillo que les reconforta. Verdad es que el recorrido hasta Capuzzo y Sidi Omar no es muy largo. Para un criterio europeo, no es más que algo así como un paseo dominguero. Mas, aquí en el desierto! A lo sumo, y de tarde en tarde, puede uno aventurarse a recorrer 20 km., por ejemplo, para ir a El-Adem, el antiguo aeródromo italiano, donde la pista de Enver Bey no opone el obstáculo de la capa de

arena, sino tierra firme. Por lo general, la rapidez de la marcha no rebasa los 10 km. por hora, que es el máximo compatible en parajes como éstos.

De este modo, las columnas van rodando hora tras hora; a la mañana sucede el mediodía y a éste, la noche. Los destacamentos de avanzada y los coches blindados que salieron los primeros poniéndose a cabeza, han avanzado ya bastante al caer de la tarde. La pista de Enver Bey desemboca directamente en Capuzzo. A unos 30 km. antes de su objetivo final, tuercen hacia el sur, en dirección a Sidi Omar.

Cuando ya anochece, les alcanza finalmente la orden de parar. Los soldados estiran sus miembros, sus piés golpean el suelo y se procede a la limpieza de caras y uniformes, cubiertos de una capa pegajosa, mezcla de sudor y polvo. Los más, no se mueven siquiera de su sitio, quedando en el acto profundamente dormidos con la cabeza sobre el volante. Contados son los que tienen todavía humor para extender sus mantas en un hueco practicado en la arena, o los que, a toda prisa, se levantan una tienda individual.

Delante de la cocina de campaña se ha formado una cola. Los cacharros de estaño resuenan al chocar unos con otros. Hay fideos con leche. ¡Qué bien saben después de un día como éste, cuando el cuerpo está completamente reseco! La sopa está calentita y dulce.

A todo esto, nadie se había enterado todavía en esta parada, en medio de la pista de Enver Bey, de lo que entretanto había ocurrido con una rapidez dramática. En ese mismo domingo — día 15 de Junio, — Capuzzo había caído en manos del enemigo, a eso del mediodía, tras combate breve violento. La base 206, situado en el desierto al sur de Capuzzo, había sido tomado por sorpresa en un abrir y cerrar de ojos. Después de haber gastado la batería sus municiones, los ingleses no tuvieron ya dificultad en ganar la partida.

La trepidación causada por la explosión de las granadas estremece de nuevo el aire; el fragor de los disparos, el sordo estallido de los proyectiles antitanques, el martilleo de los fusiles-ametralladora, el humo de pólvora y polvo de mortero, pasan

formando amplia faja neblinosa que se extiende sobre las tumbas de los soldados caídos en Capuzzo-Amseat, ese montón desolador de rocas candentes, entre las cuales surgen cruces de madera.

¿Amigos o enemigos?

Barlesius, que en el momento de quedar cercada la base 206, trató de ponerse a salvo, consiguiéndolo, volvió a reunirse con su grupo en la mañana del 5 de Junio. Toda la tropa de exploración había regresado sin tener bajas. En este momento recibió el comandante la orden de entretener y hostigar las fuerzas enemigas, situadas en el punto más al este, entre la cota 206 y Sidi Omar.

«Ganar tiempo» había dicho el general Rommel por teléfono.

Cometido de todas las tropas estacionadas en los parajes circundantes de Sollum es, detener al adversario hasta la llegada del grueso de nuestras tropas en marcha de avance sobre la pista de Enver Bey, con el objeto de cercar al enemigo.

El día acaba de despuntar. Todavía no se sabe cual es la fuerza del enemigo que avanza desde el sudeste.

El sol quema que es un gusto. El aire es una masa gris, fluctuante e hirviente. La visualidad alcanza apenas un par de centenares de metros. En tales condiciones, el destacamento se pone en marcha, parándose con frecuencia para ir observando. En esto, se anuncia la presencia de vehículos por la derecha. Más tarde, asoman a la izquierda nubes de polvo, levantadas por columnas desconocidas. Nadie sabe quién pasa por allá; si son amigos o enemigos.

Tampoco la tropa de exploradores, destacada por el comandante, y que ha de avanzar con la brújula para poder regresar, ha podido averiguar nada de cierto. Lo único que se sabe es que la cota 206 está perdida. Barlesius, testigo ocular de la fase inicial de combate, lo ha transmitido y tal mensaje queda corroborado por no contestar 206 ninguna llamada radio-telefónica.